

HISTORIA DE HORRORES

La GAVILLA de ASESINOS del COMANDANTE MENOCA



El capitán Luis Valdivia López supo de la lucha en "las lomas", de la persecución implacable de los hombres de Menocal que diezmaban a los revolucionarios y a los simples simpatizantes con la gran causa. Ahora, de jefe en el cuartel de San Cristóbal, cuenta al reportero la forma en que se produjo el triunfo en aquella zona pinareña.

ESTA es una historia de horrores. Los hombres que los cometieron se pasearon, mientras les duró el mando, por las calles de San Cristóbal, de Los Palacios, de Consolación, de Candelaria; de medio Pinar del Río. Iban entonces orondos, jactanciosos, vestidos de azul o de amarillo; armados de pistolas, ametralladoras, cuchillos, "bichos" de buey. Ellos eran los amos. Eran también los verdugos, los hombres de confianza (¡qué confianza!) de uno de los asesinos más destacados del régimen: el comandante Jacinto G. Menocal.

Sí, ellos eran los amos. Eran los que hacían temblar con su sola presencia. Eran ellos los que aumentaban día a día las listas de las defunciones y de los desaparecidos. Eran ellos los que martirizaban, golpeaban, ahorcaban y fusilaban.

Ahora los tiempos han cambiado. Esos hombres están encerrados en el calabozo del propio cuartel de San Cristóbal, donde antes eran amos y señores. Y han perdido to-

da su osadía, toda la bravuconería. Están callados, ceñudos, tristes. Ya no pueden gritar, ni golpear, ni martirizar, ni matar...

Frente al cuartel, la multitud se agolpa. Los hombres y mujeres de San Cristóbal quieren que los dejen ver a los asesinos, a los matones.

—¿Dónde está "Tiburón"?

—Déjenme ver a Vigoa!

—¿Qué nos enseñen al cabo Milián!

Y las voces se alzan, se crispan los puños, se llenan de ira los ojos. Pero los milicianos del 26 de Julio guardan el orden. Allá dentro, los esbirros de Menocal pueden estar seguros, nadie les golpeará, nadie les torturará, ni siquiera les escupirán al rostro tanto odio y tanto desprecio como ellos hicieron nacer en el pecho de cien, de mil, de varios millares de ciudadanos.

Hasta ellos, en la estrechez de los calabozos, llegan las voces de los que están frente al cuartel. Y apenas se atreven a levantar los ojos. Ante ellos —barbudos y ar-

ANTES MATARON FRIAMENTE; AHORA, ANTE LA INMINENCIA DEL CASTIGO, SE CULPAN UNOS A OTROS.

UN REPORTAJE DE

Luis Rolando Cabrera

FOTOS DE "PACO" ALTUNA

manos, ellos saben que se hará justicia. Muchos de esos muchachos fueron martirizados por Vigoa, por "Tiburón", por Milián. Pero los muchachos no se vengán por sus manos, ellos saben que se hará justicia y tienen fe en los que los mandan. Por eso esperan tranquilos, confiados.

Nosotros sí teníamos que ver a esos hombres (?), teníamos que hablar con ellos para sacarles algo de sus crímenes, para oírles hablar de aquella época en que eran los amos y señores de la zona. Y por eso fuimos a San Cristóbal. Allí nos atiende el capitán L. Valdivia López del

Movimiento 26 de Julio que está ahora al mando de la Comandancia de San Cristóbal. Y la charla se enhebra:

"Yo era teniente de guerrillas de la columna "Ciro Redondo", mandada por el capitán Claudio. Ahora por órdenes del comandante jefe de la provincia estoy a cargo del cuartel de San Cristóbal. Ahí tenemos a la gente de Menocal. Esperamos órdenes del Estado Mayor para saber qué hacemos con ellos."

Después nos cuenta como les fue posible encerrar a los matones que habían permanecido en el cuartel.



Orlando B. Vigoa es un asesino frío, duro, sin alma y sin entraña. Tiene veintidós años y era el discípulo predilecto del chagal de Bauta. Relata como si hablara de una película los crímenes que dice, cometieron sus compañeros. Pero antes, hablando con otros periodistas, mencionó con la misma tranquilidad, haber tomado participación en ¡ciento ochenta asesinatos!



Gonzalo del Cristo, todo lo contrario a su apellido.



Juan Paula Ramos, dándose golpes de pecho.



Eugenio Márquez "le quité las esposas a cuatro muertos".

armados. Trajeron a los milicianos desarmados y se decía a los soldados que les prestasen las armas para realizar este o aquel servicio. Así —poco a poco— fueron teniendo en su poder todas las armas. Entonces se rodeó a los soldados y se detuvo a los culpables. Mejor dicho se detuvo a algunos porque a otros, como a Vigoa por ejemplo, lo encontraron en Herradura vestido de civil y con un brazalete del "26 de Julio" en la manga.

A otro, a Del Cristo, lo hallaron escondido en un auto que registraron los milicianos en el central. Y el soldado que huía cobardemente se entregó sin hacer resistencia pese a que en la diestra temblorosa, apretaba una pistola 45.

Y entonces comienza el desfile, el repugnante desfile de los asesinos.

Un matón de veintinueve años

Orlando Vigoa es un mozo alto, fuerte que tiene apenas veintinueve años. Desde que tenía doce, andaba metido en los cuarteles, en el de Bautista especialmente. Allí le conoció Menocal y allí Vigoa hizo sus primeras armas en su larga carrera de crímenes.

Menocal lo metió en la policía. Le dio un revólver y con él una credencial para matar. Y así, Orlando Vigoa entró a formar parte de la gavilla del Comandante. Bien pronto se graduó como matón y comenzó a llenar su cementerio particular.

Habíamos leído que Orlando Vigoa había confesado su participación en ¡ciento ochenta! crímenes. Parecía imposible que un ser humano hubiera llegado a matar tanta gente, a encenagarse tanto, a encanallarse al extremo de declarar friamente que tantas, tantísimas muertes gravitaban sobre su conciencia.

Cuando entra en el salón en que estamos reunidos, Vigoa parece tranquilo, muy dueño de sí mismo. Aprieta entre los labios un tabaco,



El reportero entabla con Vigoa un combate verbal. El matón de Menocal niega y niega, y niega, acusando a sus compinches de ser los únicos cuyas manos están manchadas de sangre. Pero llega un momento en que queda acorralado y ya no puede negar lo que se le dice. Tal vez en esos momentos, los espectros de algunas de sus víctimas se alzaban ante él.

empieza a salirle la barba y se nota que no ha dormido mucho. Le han zafado las esposas y una de las argollas de hierro queda colgando mientras la otra continúa aprisionando su muñeca.

A las primeras preguntas del reportero, Vigoa se muestra reticente. Su cooperación —parece— ha de ser negativa. Pero el capitán Valdivia interviene. El lo domina y

el asesino —mansamente— expresa que prefiere que sea el capitán el que lo interroga.

—Como anoche —dice en voz muy baja—. Con usted yo tengo más confianza.

Y así narra el doble asesinato cometido por ellos, los matones de Menocal, en la persona de dos detenidos que había en el cuartel en los momentos en que los mucha-

chos del 26 realizaron una incursión por el pueblo, dando muerte a un soldado. Los rebeldes tuvieron que abandonar el auto que utilizaron y entonces Menocal, incapaz de salir en su persecución, cogió a aquellos dos infelices presos, los entregó a sus compinches con una sola orden:

—Cepíllenos y después rieguen gasolina y denles candela!



Se inicia el careo entre Vigoa y el hombre a quien él más acusa: el cabo Milián. Uno a otro se lanzan acusaciones de crímenes increíbles, de cosas que hacen temblar a los hombres más hombres. Es un peloteo de fango entre el soldado y el policía; de fango y de sangre. Milián diría a lo último que estaba dispuesto a que lo mataran en pleno parque local.

La inhumana orden fue cumplida al pie de la letra. Los ultimaron a balazos, los metieron dentro de la máquina, rociaron gasolina y le prendieron candela.

Y eso lo cuenta Vigoa con una tranquilidad espantosa, como si narrara una película de episodios que él viera en un cine del pueblo.

Ese doble asesinato aparece en la lista de los asesinos de San Cristóbal como el "de las cañas", debido a que fue cometido en un cañaveral cercano a la población.

Vigoa niega toda participación directa en el asunto. El no los mató. Pero dice que fueron "Tiburón" y Milián.

Habla asimismo de un ahorcamiento en masa realizado por sus compañeros. En esa ocasión, como una soga no le alcanzara para cumplir su cometido, dice que Milián se subió a la rama del árbol e intentó alargar la cuerda con su brazo, esto es hacer que esa parte de su cuerpo fuese prolongación de la soga cuyo lazo ya estaba anudado al cuello de la víctima.

—Pero entonces —agrega— Milián no pudo guardar el equilibrio y cayó sobre el que iba a ahorcar.

Aunque —como ya dijimos— Vigoa ha pedido ser interrogado sólo por el capitán, el reportero no puede permanecer callado y pregunta:

—Bueno, pero ¿a quiénes mataste tú?

El nos mirara fríamente, como si le preguntáramos cuántos tabacos se fuma al día y afirmó:

—Yo no maté a nadie. Di mis golpes pero matar no.

El capitán da un puñetazo sobre la mesa. Recuerda a muchos compañeros muertos, vilmente asesinados y pregunta:

Ante los ojos de Del Cristo y de Vigoa, los compañeros de Pedro Mijares ponen al descubierto la espalda lacerada de éste. Después Mijares, pescador de langostas, diría claramente y en la propia cara de su victimario: "Vigoa fue quien me hizo esto". Y el super criminal vuelve los ojos y contempla su obra que no fue la única ni la peor.

LA GAVILLA DE ASESINOS... (Continuación)

en una azulada columna. Tal vez está contando mentalmente a sus víctimas. Pero la cuenta no puede salirle, no le saldría aunque tuviese a su disposición la más perfecta máquina calculadora del mercado.

El silencio sigue. Es el reportero quien lo quiebra con otra pregunta:

—Bueno, aceptemos eso. Y los golpes de que hablabas. ¿Con qué los dabas? Seguramente no sería con la mano.

—No todos. Dábamos unos piñazos pero también patadas y empleábamos el "bicho" de buey y el manatí.

El capitán interviene:

—Y tú que fumas tanto, ¿no les quemabas también con el tabaco?

—No, yo no quemaba a nadie.

—¿Y el Comandante tampoco?

—Yo no lo vi.

—Y ¿tampoco empleaba una lezna?

Vigoa se hace el sorprendido. Y responde:

—Nunca lo vi con una lezna.

—Mira que la encontramos entre sus efectos personales.

—Puede ser, pero yo no la vi.

—Mira, Vigoa, tú hasta ahora has cooperado conmigo. Tú sabes que aquí el que manda soy yo y que te conviene estar bien conmigo.

—Yo lo sé, capitán. Pero ya he dicho lo que sé.

—Vamos a hablar ahora de los enterramientos. ¿Tampoco enterraste a nadie?

—No, yo no. Los que hacían eso eran Milián, Cristo y otros.

El reportero vuelve a poner la suya. Y le decimos:

—Vamos a tener que llegar a la conclusión de que tú eres un santo que estás aquí preso por equivocación. Capitán, ¿por qué no lo pone en libertad?

—Creo que eso es lo que voy a tener que hacer.

Vigoa alza la cabeza y, como si

se decidiera a decir algo más, levanta la mano y repite lo de antes:

—Yo si daba golpes. Teníamos que hacerlo. El Comandante ponía aquí a los detenidos y mientras él los interrogaba, nosotros nos colocábamos detrás y les dábamos para que hablaran.

El periodista mantiene la carga:

—Pero aquí mismo, en este salón y en la noche de ayer, tú confesaste a otros compañeros que habías participado en una cantidad inmensa de crímenes. ¿Por qué lo hiciste? ¿Era eso mentira o es ahora cuando estás mintiendo? Mira, yo no quiero que me lo confieses. Pero niégalo, niégalo en voz alta como un hombre, mirándome a los ojos. ¡Vamos, Vigoa, sé hombre una vez tan solo! Niégalo...

Pero Orlando Vigoa se queda callado y rehuye nuestra mirada. Y, pendientes de su respuesta, todos callan haciendo que reine en el salón un silencio tenso, emocionante.

Como no se puede tener piedad con gente de esa calaña aprovechamos el momento en que él está roto, deshecho, para propinarle otro golpe:

—Entonces ayer decías la verdad. ¡Tú los mataste!

Y él sigue callado, mudo. Pero sus ojos le delatan. Hay en ellos un terror horrible, un miedo cervical. Parece que en ese momento teme que los hombres que mató o torturó se alcen de sus tumbas y extiendan los índices descarnados en una acusación a la que no podría resistirse.

El careo

Pedimos entonces al capitán Valdivia que enfrente a Vigoa a otro de sus compañeros, a los que él acusa para ver si así ellos, defendiéndose, nos cuentan, a su vez, lo que Vigoa hizo. El capitán accede

